

Seamos agradecidos por todo

¿Alguna vez alguien nos ha recordado que debemos ser agradecidos? Pareciera que por naturaleza nacemos con el «virus del malagradecido». No es raro que luego de hacer algún favor no recibamos las gracias como respuesta. Debido a esta tendencia, en repetidas ocasiones el apóstol Pablo les recordó a los fieles que debían ser agradecidos.

- A los tesalonicenses les dijo: «Den gracias a Dios por todo, porque esto es lo que él quiere de ustedes como creyentes en Cristo Jesús» (1 Tes. 5: 18, DHH).
- A los colosenses los exhortó: «Y todo lo que hagan, de palabra o de obra, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios el Padre por medio de él» (Col. 3: 17, NVI).
- A los filipenses les aconsejó: «No se preocupen por nada, más bien pídanle al Señor lo que necesiten y agrádeczanle siempre» (Fil. 4: 6, PDT).

La primera vez que escuché a alguien agradeciendo a Dios por lo malo que le sucedía, me llené de asombro, ya que por lo general solo esperamos cosas buenas de Dios. Y no fue hasta hace poco que logré entender por qué debemos agradecer aun por lo malo que Dios permite en nuestra vida.

Para ser agradecidos, debemos reconocer dos aspectos relevantes de lo ocurrido:

- Reconocer el valor de lo ocurrido.

Por pequeño que sea lo que haya pasado, es importante valorar, no el tamaño del acontecimiento, sino lo que ese hecho representa para quien lo padece.

- Reconocer la trascendencia de lo ocurrido.

El alcance de un acontecimiento es difícil de medir. Pero podemos ilustrarlo con ejemplos.

El *Diccionario de la lengua española* define la palabra gratitud como un «sentimiento que nos obliga a estimar el beneficio o favor que se nos ha hecho o ha querido hacer, y a corres-

ponder a él de alguna manera». Y el diccionario en línea de español de la Universidad de Oxford, la define como un «sentimiento de estima y reconocimiento que una persona tiene hacia quien le ha hecho un favor o prestado un servicio, por el cual desea corresponderle».

Hace poco, acudí al único banco en la localidad en busca de dinero para las compras del fin de semana y, como de costumbre, había una larga fila de clientes esperando su turno. Luego de unos cuarenta y cinco minutos, y ansioso por descansar los pies, me sentí feliz porque ya casi llegaba a la ventanilla de atención. De repente, vi a un anciano que estaba casi al final de la fila. Era evidente que padecía de algún mal en la columna, pues llevaba una faja de fuerza en la cintura, pero aun así nadie le cedía su lugar. Detrás de mí estaba un joven y le pedí amablemente que le cediera el turno al anciano por su situación de salud, pero me respondió: «Yo también tuve que esperar por mi turno». No sintiéndome conforme, le hice señas al anciano para que se acercara, y él dubitativo lo hizo. Entonces, le dije:

—Puede tomar mi turno.

—¿Está usted seguro? —me respondió.

—Por supuesto —le contesté.

—No puedo creer que usted haga esto por mí —dijo el anciano. Y añadió—: ¡Muchas gracias y que Dios lo bendiga!

Su actitud y sus palabras me produjeron una gran satisfacción, y sentí que había cumplido mi misión ese día.

Hay tanto cada día por lo que podemos sentir y expresar nuestra gratitud: la vida, la salud, la familia, los amigos, etcétera. Lo invito en este momento a que abrace a quien está a su lado en señal de gratitud.

Pr. Waldo A. Casildo,
Unión de Honduras